

liseo). Reedificó ciudades enteras, hizo puentes y zanjó los pleitos entre las ciudades por cuestiones de tierras. Así es que todo el mundo estaba contento, ménos los judíos que promovieron una grave perturbacion en Egipto, ahogada en mares de sangre; ménos los republicanos platónicos de Roma que hacían una oposicion constante y que fueron tratados con rigor.—Entonces fué deportado y muerto Helvidius Priscus, el estoico yerno de Thrasea, entonces fueron desterrados de Italia los filósofos, lo que prueba que es el despotismo una enfermedad capaz de viciar las más rudas naturalezas.

Otro de los aspectos notables de la obra de Vespasiano, es el cambio que hizo en las provincias para destruir los gobiernos demasiado extensos. Renovó la distribucion de las provincias en Asia menor y creó una nueva, el Helesponto; quitó á la Grecia la risible libertad que Neron le otorgara, y Rodas fué la capital de la nueva provincia de las islas. Gran colonizador, Vespasiano extendió á España el derecho latino de que disfrutaba la Galia, y mientras sus generales conquistaban á Bretaña unos y todos mantenían tranquilas las fronteras, Vespasiano veía trascurrir en paz los últimos años de su reinado. En Junio de 79, murió en su tierra natal, de pie, porque así debían morir los emperadores.

Tito.—*Domiciano.*—(78—96).—Sucedió al primero de los emperadores plebeyos, su hijo, el amigo íntimo del infortunado Británico, el destructor del templo de Jerusalem, á quien desde entonces, según los rabinos, un insecto que llegó á ser del tamaño de una golondrina, roía la masa cerebral, *Titus Flavius Vespasianus*, sobrenombrado *las delicias del género humano* solo reinó veintiseis meses. A pesar de haberse mostrado antes de reinar tan cruel y

disipado, que ha bastado esto para que algunos aseguraran que hubiera llegado á ser un Neron, la verdad es que empezó repudiando á Berenice, hija del rey Agrippa y llevó la clemencia hasta la debilidad; no solo rehusó recibir delaciones, en lo que hizo bien quizá, sino que tenía por regla no dejar descontento á ningún solicitante.

Fué pródigo: el anfiteatro empezado por su padre y que de una estatua colosal de Neron que existía cerca de él, tomó el nombre de *Colosseum* (de ahí Coliseo) concluyó bajo su reinado y celebró su dedicatoria con cien días de juegos en que se gastó el dinero de un modo prodigioso. Sus magníficas termas atestiguan aún hoy con sus ruinas el desenfrenado amor á las construcciones de lujo del emperador. Murió en Setiembre de 81.

Bajo el reinado de Tito tuvo lugar en el Sur de la Italia la gran catástrofe que Beulé ha llamado *el drama del Vesubio*. 2,000 años hacia que este volcan estaba mudo, cuando en 63 anunció sus primeras erupciones. El 23 de Agosto de 79 empezó la gran tragedia. La pequeña ciudad mercante de Pompeya, cuyas ruinas han revelado aspectos desconocidos de la vida romana, conmovida por espantosos sacudimientos subterráneos, fué sepultada bajo la piedra pomez y la ceniza que el volcan lanzó hasta el centro de la Italia; Herculánium, ciudad más aristocrática (se han encontrado en lo poco que de ella se conoce más de 1,700 manuscritos, en Pompeya solo un libro de cuentas) pereció bajo un mar de lodos líquidos que petrificados han servido de asiento á las ciudades de Portici y Resina; Plinio el mayor, el gran sábio de su tiempo, el viejo amigo de Vespasiano, fué asfixiado por el gas carbónico que se desprendía de las grietas del suelo, en Stabies, á donde había ido á observar el terremoto. La

emocion del mundo romano fué inmensa cuando se conocieron los detalles de la catástrofe y quizá hasta el *Apokalipsis* guarda un reflejo de la impresion causada por esa tremenda hazaña del fuego.

Domiciano (*Titus Flavius Domicianus*) á quien Juvenal ha llamado *el Neron calvo* tenía 30 años cuando subió al trono y reinó quince; no nos detendremos en analizar cuanto en pro ó en contra de este hombre se ha dicho. No le faltaba ni instinto político superior, ni profunda depravacion de sentimientos; ni pensamos como Michelet, que se inclina á creer que en él se unía á cierta delicadeza exterior, cierta virtud moral, ni aceptamos sino con profunda desconfianza las aseveraciones exageradas de poetas é historiadores de la época que le sucedió. Se decía que había envenenado á Tito, seductor de su mujer, primera cosa que no creemos. La vida de Tito es un antecedente lógico de su fin precoz.

Era ciertamente el nuevo emperador un hombre inquieto, intrigante y ambicioso, á quien su padre temía; le dió honores, pero no poderes. Amigo del cultivo intelectual y sóbrio, al revés de Tito, no tenía como éste esa rápida simpatía que se llama generalmente la bondad, sino que era árido de corazón, pudibundo como una mujer y orgulloso como un sultan. Sus edictos comenzaban así: Nuestro Señor y Dios ordena..... Se hizo proclamar veintidos veces emperador, y despues de sus expediciones sin gloria se otorgaba triunfos espléndidos y sobrenombres ridículos.

Pródigo como los de su raza, gastó en la reedificacion de Roma sumas inmensas, los dorados del Capitolio le costaron 14.000.000 de pesos y era tan afecto á los juegos, que celebró los seculares, cuando apenas hacia 41 años

que Claudio los había celebrado, y regaló al pueblo de un modo insensato.

Cosa singular, Quintiliano, su protegido, lo llama *sanctissimus censor* y Marcial, un poeta miserabilísimamente adulator, afirma que devolvió los templos a los dioses y las costumbres al pueblo. La verdad es que era un juez asiduo é íntegro, que mantuvo la rigurosa distincion de las clases, que volvió al orden á las vestales, bastante corrompidas ya é hizo enterrar vivas á dos que habían violado el voto de castidad; persiguió el inmundo vicio que los romanos llamaban griego, pero que ya podía llamarse romano, suprimió las obscenas representaciones de los mimos y los termopolios (tabernas) y quiso destruir el eunuquismo. Protegió el cultivo de los cereales, abandonado por el de la viña y tomó esa medida anti-económica que hemos visto repetida hasta en nuestro siglo de hacer arrancar una gran cantidad de vides. Pero por otra parte afirmó la propiedad de los colonos, tranquilizando así á los propietarios italianos.

Una innovacion de Domiciano, que quizá era necesaria, pero que fué ruinosisima para el tesoro fué el aumento de la paga á los soldados; en el orden militar además de esto, tomó las providencias necesarias para evitar la aglomeracion de las legiones, que era un peligro terrible para la tranquilidad del imperio.

Amparador de las letras, en su tiempo se restauraron las bibliotecas incendiadas, se buscaron las obras raras, y florecieron Stacio, Marcial, Quintiliano, V. Flaccus y Silio Italico; el mismo emperador hacia buenos versos. Tácito y Plinio ocuparon entonces buenos puestos y hubo varios excelentes juriconsultos, entre los cuales se distinguió Pegasus, jefe de la escuela proculiana.

En las provincias siguió el camino recto que era tradicional entre los emperadores, por lo que Suetonio lo alaba. Condenó á varios esactores y los provincianos á quienes importaban muy poco los terribles combates de los emperadores con la aristocracia romana, se sentían tranquilos y felices, cuidados por hombres como Nerva, Trajano, Virgilio Rufo, etc. Estos nombres hacen comprender también que si hubo un lado cómico en las victorias y los triunfos de Dominiciano sobre los celtas, los dacios y los sármatas, las fronteras estaban perfectamente vigiladas. Trajano que gobernaba la alta Germania, prosiguió entonces por debajo de Maguncia en el Rhin, la gran muralla que empezada por Druso y Tiberio, fué á tocar al Danubio, cerca de Ratisbona, obra colosal que formó parte de la frontera oriental del imperio. Entre este muro y los rios se establecieron colonos celtas que pagaban el diezmo de las cosechas al fisco imperial y por eso las tierras que ocupaban se llamaron «*las tierras decumatas*». Una muralla parecida fué construida en Bretaña entre los dos golfos del Clyde y del Forth, por Agrícola, honrado militar, á quien su yerno Tácito se empeñó en hacer un grande hombre y hasta un mártir de la libertad; es verdad que Dominiciano lo hizo venir á Roma después de la supuesta conquista de Bretaña, pero mal podía envidiarlo quien tenía lugartenientes como Trajano: Agrícola murió tranquilo y considerado.

Puestas en tal estado las fronteras del imperio, los bárbaros no podían penetrar en ellas y se entregaban á las guerras intestinas, con gran júbilo de Tácito. Hubo sin embargo, por el lado de la Dacia un peligro serio. El rey de los dacios (Dece valo le llaman los romanos, pero no se trata de un nombre pro-

pio) (1) se preparó lentamente á una lucha formidable y trató de aliarse hasta con los parthos. Empezó derrotando á los romanos; Fuscus, en presencia de Dominiciano, vengó este primer desastre, pero cuando el emperador había vuelto triunfante á Roma, Fuscus fué vencido á su vez. Por fin los dacios sucumbieron y la paz se celebró; y como no quería Dominiciano, sabiamente, llevar la frontera mas allá del Danubio hizo presentes y obsequios á los bárbaros para tenerlos contentos, por lo que calumniosamente han afirmado algunos historiadores que pagó tributos á los bárbaros. No hizo mas que continuar una política frecuentemente usada por sus antecesores.

La paz estaba restablecida, ¡pero á costa de cuantos gastos! sumados estos á las prodigalidades del emperador y al aumento de paga á los soldados, se comprenderá en qué terrible estado se hallaría el tesoro. Dominiciano se lanzó entonces sobre los ricos; empezó un sistema horrible de exacciones; para hacerse pagar el didracma, contribucion especial impuesta á judíos y judaizantes (cristianos) se recurrió á medios crueles; el emperador quería ser el heredero de todos, lo que engendrabá delaciones y crímenes inauditos. Pero cuando principió el gran periodo del terror bajo Dominiciano fué por los años de 93, á la raíz de la insurreccion sofocada de Saturninus en el Rhin: el emperador comprendió que lo rodeaba una inmensa conspiracion en permanencia. Y como el objeto principal de estas conspiraciones, era forzosamente quitar la vida al tirano, éste poseído de odio y de miedo, empezó á harir como un insensato. Todos los aristócratas ó filósofos que tenían el culto del pasado, lo cual se revelaba por una palabra, por un ejemplar de Tito Livio

(1) Es un nombre de origen sanscrito: *Dhavalakara*, fuerza de los dacios.

conservado, por lo mas inocente, recibían la muerte y sus bienes confiscados se repartían entre el emperador y los delatores. Y esto mientras en el palacio convertido en templo de la lujuria, se verificaban crímenes vergonzosos, adulterios, incestos, abortos que se desenlazaban con la muerte..... (V. Suetonio.)

En su afán de acabar con toda ciencia y toda virtud, Dominiciano aislado como Tiberio en su palacio, temiendo y odiando á todo el mundo, se lanzó sobre los filósofos; Epicteto, el santo del estoicismo, huyó á Epiro, Dyon Crisóstomo se ocultó en el país de los Getas, y solo Apolonio de Tyana, el taumaturgo cuya vida ha escrito y adornado Filostrato, fué á Roma para ver de cerca á un tirano. Y los senadores servían de instrumento para estos horrores, por puro miedo.

Es verdad que mientras el tirano daba rienda suelta á sus abominables instintos, las provincias se llenaban de obras útiles y seguían perfectamente administradas, los prevaricadores eran condenados y el virtuoso Plinio, no tenía inconveniente en ser pretor.

¿Los cristianos fueron perseguidos? Puede ser que hubiera algunos casos aislados, pero no interrumpieron el vuelo que las asociaciones cristianas habían tomado y que á ejemplo de los judíos formaban una sociedad de socorros mútuos derramada por todo el imperio. Pero lo que se perseguía más bien era el proselitismo, en virtud de leyes anteriores. No se quería que los ciudadanos romanos, pasasen á una creencia extraña; de aquí las acusaciones de impiedad. Por este delito fueron perseguidos F. Clemens y su esposa Domitila, parientes muy cercanos del emperador y que tal vez eran cristianos. Pero según Tertuliano, la persecucion religiosa se limitó á algunas órdenes de destierro pronto revocadas.

Fabius Clemens fué decapitado y Domitila deportada: un servidor de esta Stefanus, logró ver á solas á Domiciano y en connivencia con otros servidores del emperador, lo asesinó el 18 de Septiembre de 96.

EL SIGLO DE LOS ANTONINOS.—*Nerva y Trajano*, (96-117) Los soldados se indignaron con la muerte de Domiciano, pero no tuvieron más remedio que reconocer la eleccion que había hecho el Senado, del anciano *Marcus Cocceius Nerva*. (1) Era este un hombre dulce y cultivado que había ejercido altas funciones, pero débil y que nada hizo sin la participacion de los grandes. Todos los perseguidos de Domiciano volvían llenos de odio y la reaccion contra los delatores y agentes del tirano fué terrible, aunque Nerva la quiso moderar. Sus obras principales fueron la fundacion de tres colonias para los pobres, la de establecimientos en que el Estado asistía á los hijos de las familias indigentes y, sobre todo, la eleccion de Trajano para su sucesor.

Cuando los pretorianos sublevados se apoderaron de los asesinos de Domiciano y los ejecutaron á pesar de la intervencion de Nerva, este comprendió que sus manos estaban ya demasiado débiles para mantener el orden en aquel mundo heterogéneo y á instancias de Licinius Sura adoptó á Trajano, valiente oficial que gobernaba la Germania. Tres meses después murió Nerva; el siglo de los Antoninos había comenzado. *M. Ulpius Trajanus* era natural de Itálica (Santiponce cerca de Sevilla) y su familia pertenecía á la aristocracia provincial llamada á los honores por Vespasiano. Trajano llegó á ser la figura más importante del ejército y el hombre más popular en las legiones. Tenía la particularidad de conocer á casi todos los soldados por sus

(1) Aquí concluyen los *Cesares* de Suetonio. Nos quedan la obra del monge Xifilino, abreviador de Dion Casio y monumentos epigráficos.

nombres y como sufría como el más sufrido soldado las privaciones y como era valiente como el que más, pudo aumentando el amor que la tropa le tenía, mantener una fuerte y rigurosa disciplina en ella. Estas virtudes y otras muchas de que será prueba nuestra narración adornaban al nuevo emperador. No se dió prisa para ir á Roma, aunque se mostró desde el primer momento lleno de deferencia para con el Senado, renovando la promesa de Nerva de no sentenciar á muerte á ningún senador. Cuando dejó la frontera del Rhin en un estado de defensa que le permitía ocuparse de las otras, marchó á su capital en donde entró á pié entre las masas del pueblo loco de entusiasmo y acompañado de su esposa la modesta y virtuosa Plotina. Empezó por mandar á los templos las riquezas aglomeradas en el Palacio por los emperadores y dejó á todo el mundo penetrar en su casa mientras él continuaba visitando familiarmente á sus amigos.

Después de dos años de permanecer en Roma en donde se hizo amar de todos, su sed inextinguible de gloria militar lo llevó al Danubio inferior, frontera mal asegurada á pesar de las equivocadas victorias de Domiciano y en donde hervían en pos de los dacios, en las estepas de la Rusia meridional actual, las atropelladas corrientes de la barbarie que venían del Asia.

Trajano se preparó para la lucha como solo él sabía hacerlo. En donde las ramificaciones de los Carpathos y de los Balkanes se encuentran y ahogan casi al Danubio entre sus rocas gigantes, en la *puertas de fierro*, lanzó un puente, abrió en las montañas de la Transilvania caminos atrevidos y después de vencer á los dacios aceptó su sumisión, dejando en su capital una guarnición romana. Esto pasaba por los años de 101 y 102; en 105 tornaron

los dacios á sublevarse y el emperador volvió al Danubio en actitud tan imponente que los dacios pidieron inmediatamente la paz ofreciendo devolver desde luego á un oficial de Trajano capturado por ellos, Longinus; este heroico soldado para no ser un obstáculo á los planes de su jefe se dió la muerte. Trajano penetró en el corazón del país insurrecto, venciendo por donde quiera: antes que rendirse en el último castillo que le quedaba, el Decebalo se suicidó y entonces comenzó la obra de la romanización de aquel país. Los colonos afluyeron en tal cantidad de todas las regiones del imperio, que ni un solo vestigio de la religión de los vencidos ha quedado ahí aunque aun pueden distinguirse las dos razas. No hay otro ejemplo en la historia, de una obra de colonización que en tan poco tiempo alcanzara un éxito tan asombroso. Las ciudades, las aldeas, los villorios se multiplicaron: la agricultura y la explotación de las minas tomó un auge increíble y la población echó tales raíces, que hoy se llama la comarca conquistada por Trajano, Rumanía; y se habla en ella un idioma latino.

Mientras esto pasaba en el Danubio, en los desiertos poblados de beduinos, que se extienden del Eufrates al Mar Rojo, formaban los lugartenientes de Trajano la nueva provincia de *Arabia*. En derredor de las ciudades del desierto, sobre todo, de Petra, que llegó á tener una gran prosperidad mercantil, se agruparon los nómades, adquirieron los usos de la civilización y poblaron aquellos *oasis* de edificios soberbios, cuyas ruinas admiran todavía.

Trajano volvió á Roma y siguió haciendo creer al Senado que partía con él el gobierno, porque presidía sus sesiones, aumentaba hasta doce el número de los cónsules y dejaba que en sus interminables discursos los padres

conscriptos hablasen de libertad y república y elogiase á Bruto y á Casio. Nos habeis mandado ser libres, decía Plinio, y lo somos. Poderoso emperador éste, que ordenaba ser libres á los descendientes de los Catones. En realidad, era un dueño absoluto, tan absoluto como imparcial y justiciero. El conocía, con un consejo de sabios amigos, de todos los procesos difíciles que iban á Roma, y los resolvía excelentemente. Nada de lo que pasaba en el imperio ignoraba, y cada vez que lo creía conveniente, hacia intervenir su voluntad soberana en lo más nimio de la administración de las ciudades. A él se debe el origen de los *curadores de las ciudades*, que habian de acabar hasta con la sombra del régimen municipal. La correspondencia de Plinio, hecho gobernador de Bithinia, con Trajano, es la prueba del grado de centralización á que la política imperial habia llegado.

En ella puede verse cómo el emperador vigilaba todos los gastos, todos los trabajos de los municipios, y que se ocupaba tanto del modo de cubrir los albañales de la ciudad de Prusia, como del interés que podían cobrar las ciudades por el dinero que prestasen, como de las cuestiones religiosas y de disciplina civil y militar. Es verdad que el resultado de todo esto era una inmensa prosperidad material: al mismo tiempo que ordenaba construir un acueducto de 16 millas, en Sinope, como á fuerza de orden y de moralidad habia restablecido por encanto la hacienda del imperio, abordaba trabajos, como los que dotaron á Italia de sus dos mayores puertos, Ancona y Civita-Vechia (*Centum Celæ*) y los que la sanificaron, los que dotaron de magníficos puentes al Rhin, al Danubio, al Eufrates, al Tigris, al Tajo, (que aun subsiste), y los que hicieron practicable el

canal que unia al Nilo con el Mar Rojo, tan útil para el comercio universal, al que tanto ayudó también la reorganización de la posta imperial. Las ciudades á quienes se permitió aceptar legados, se embellecieron á gran prisa, á ejemplo de Roma, que el emperador cubria de monumentos como el *forum* de Trajano, aglomeración de maravillas arquitectónicas, bibliotecas, basílicas pórticos, que lo hicieron superior al de Augusto, y la columna Trajana, en derredor de cuyo cilindro una inmensa espiral de mármol guardaba en admirables relieves la memoria de las hazañas del vencedor de los dacios.

A Trajano se debe el desarrollo de una institución de beneficencia pública, motivada por la filantropía y por el deseo de fomentar la población libre. Nos referimos á la asistencia pública dada á las hijas de los indigentes, y felizmente combinada con una especie de banco hipotecario del Estado, que ayudó mucho á la restauración de la agricultura. Los particulares y las ciudades imitaron la obra imperial.

De la correspondencia de Plinio, que antes hemos citado, se infiere en qué consistió la famosa persecución de los cristianos por Trajano. Ya hemos dicho qué instrumentos legales tenían las autoridades romanas para perseguir á los sectarios que rehusasen reconocer la religión oficial, que estaba absolutamente identificada con la autoridad de los príncipes. Pero Trajano tenía una aversión especialísima á las asociaciones; con ningún pretexto las toleró, y tratándose de quienes negaban el culto á los dioses políticos de Roma, ménos. Así es que aunque Plinio atestigua en su famosa carta la pureza de vida y de ideas morales de los cristianos, Trajano, considerando el *cristianizar* como un delito, le ordena que no busque á los cristianos, pero que si fueren acusados

y convictos, los castigue, sin aceptar acusaciones anónimas, ni castigar por sospechas. Naturalmente, en algunas provincias los legados deben haber exagerado su celo en cumplir la voluntad imperial, secundados por el populacho acostumbrado ya á gritar: ¡los cristianos á las fieras! Pero á casos especiales y aislados se limitó la persecución; los mártires más célebres de este tiempo, fueron los obispos de Antioquia y de Jerusalem. A esto agregó Trajano su celo por restaurar el esplendor del culto pagano: una inscripción sobre el templo de Delfos lo prueba así.

Ya habia hecho Trajano bastante para su gloria civil; pero su ambición militar no estaba satisfecha, y ya estaba viejo. Cosa singular en un hombre serio, la memoria del heróico jóven, del vencedor épico de Darios y de la India, le quitaba el sueño. Se decidió, con el pretexto de que Kosroes, rey de los parthos, habia puesto á un sobrino suyo en el trono de Armenia, á hacer una gran expedición al Oriente. Fueron vanas las súplicas y las embajadas de Kosroes. En 114 se abrió la campaña; Trajano pasó el Eufrates, hizo asesinar pérfidamente al usurpador, y sometió la gran Armenia y los países situados entre el Eufrates y el Cáucaso, entre el Euxino y el Caspio. Después de esta primera campaña, volvió á Antioquia, en donde estuvo á punto de perecer en un terremoto. Cediendo á la grito popular, hizo morir al obispo cristiano Ignacio.

En 115, atravesó de nuevo el Eufrates, la Mesopotamia, y después de apoderarse de Singara y de Nisibis, pasó el Tigris, en el mismo lugar en que se habia dado la batalla de Arbeles y penetró en Babilonia. Ahí sacrificó á los manes de Alejandro, en el palacio en que habia muerto. Aprovechándose del estado de rebelión en que se encontraban los súbditos

del gran rey, se apoderó de Susa, de Seleukia, de Ktesifon, y llegó á las orillas del Pérsico. El Senado y el imperio estaban asombrados; basta decir que las nuevas provincias se llamaban Armenia, Mesopotamia, Asiria. Pero Trajano solo ocupaba el suelo que pisaba; todo se habia sublevado á sus espaldas; reconstruyó apresuradamente el reino parthico, y emprendió penosamente su retirada á través del desierto. Así, pues, en lugar de organizar poderosamente la Armenia, y de hacer de ella el baluarte del imperio contra la barbarie asiática, como lo era la Dacia contra la Europea, Trajano prefirió hacer conquistas que al día siguiente estaban perdidas. A consecuencia de las fatigas de la campaña, en Agosto de 117, murió, en Selinonte (Kilikia).

Publius Elius Hadrianus. (117-138) El emperador mas grande que tuvieron los romanos, era pariente y pupilo de Trajano, de una familia de Itálica tambien, aunque fué en Roma y no en aquella ciudad de la Bética, en donde rodó su cuna de oro y de mártir, como dice equivocadamente el autor de la *Cancion á las ruinas de Itálica*. A pesar de los anécdotas que corrian sobre el papel de Plotina, en la adopción de Hadriano, era claro que pensaba en él para el trono el emperador que acababa de morir. Hadriano que habia pasado la mayor parte de sus cuarenta años estudiando y guerreando era tan duro para las privaciones de la vida militar, como avanzado en todas las sutilezas de la ciencia. El *grieguito*, como le llamaban en el ejército, sabia la medicina, la magia, la astrología, la geometría, era músico, pintor y escultor y estaba iniciado en los misterios de Eleusis. *Omnium curiositatum explorator*, dice de él Tertuliano y no habia ningun hombre mas capaz de acabar la unificación política, social y administrativa del mundo romano.

Apénas emperador y mientras se ocupaba de tranquilizar la frontera del Danubio, cuando ya la gran rebelión de los judíos que estalló en Egipto y las islas, poco antes de morir Trajano, estaba sofocada, varios militares disgustados por el espíritu civil del nuevo emperador, que habia abandonado todas las conquistas hechas por Trajano mas allá del Eufrates, inclusive la Armenia, y algunos ambiciosos de Roma como Nigrinus á quien Hadriano pensaba hacer su sucesor, se unieron para deshacerse de él. El Senado instruyó la averiguación y antes de que Hadriano volviese del Danubio, los principales caudillos de ella habian muerto. Hadriano los habia perdonado quizá.

Para comprender mejor la obra de este príncipe procederemos como los historiadores modernos del imperio, como Duruy, sobre todo, á quien constantemente seguimos (*Histoire des Romains*. Hachette—6 vol. 1870—1879) en este período, agrupando los hechos del mismo género é indicando las fechas sin seguir estrictamente el orden cronológico. Así dividiremos este rápido estudio en tres partes: 1.ª la defensa del imperio; 2.ª los viajes á las provincias; 3.ª la obra legislativa; 4.ª la guerra judía y los últimos años de Hadriano.

El sistema de defensa iniciado por sus antecesores, pero llevado á la perfección por Hadriano, consistió en esto: subsidios á los bárbaros que pululaban en la frontera, evitar por medio de intrigas la formación de grandes grupos entre ellos, procurar civilizarlos por las relaciones mercantiles y sociales con las colonias establecidas mas acá de la frontera. Esta era una inmensa fortificación; el mar dominado por las flotas imperiales, cuando habia necesidad de ellas, ceñía la España y las Galias al Occidente; en el N. de

la Gran Bretaña se siguió el sistema de fortificaciones conocido con el nombre de *Vallum Hadriani*, combinación poderosa de dobles fosos y parapetos paralelos á una gran muralla central de piedra apoyada en numerosas torres, que se adaptaba á todos los accidentes del terreno y cuyos vestigios asombran á los hombres de ciencia todavía. Y esto era para la defensa de un país casi inútil. En el Oriente de la Galia, hemos dicho ya que el Rhin era el gran foso del imperio, en cuya orilla se levantaba esa serie de colonias que eran y son hoy todavía plazas fuertes de primer orden. Entre el Rhin y el Danubio, Hadriano perfeccionó la obra de Trajano, siguiendo el sistema del *Vallum Hadriani* y esta construcción llevada á cabo por las legiones muestra de cuánta energía era capaz el soldado del imperio. En el Danubio medio, Hadriano lejos de abandonar la Dacia, intención que calumniosamente se le atribuye, fomentó la romanización iniciada por su antecesor y gracias á eso la Rumania es un país latino hoy mismo. Dividió la provincia en dos y estableció en la Pannonia fuertes colonias que son hoy las capitales de la Hungría y la Esclavonia. En el Danubio inferior adoptó un plan de defensa que consistió en establecer colonias y plazas fuertes en la Dobrutchka actual y en todo el litoral del Euxino, servido constantemente por la flota; así vigilaba la comarca entre el Pruth y el Danubio (Bessarabia) paso obligado de todas las invasiones que venian del Asia. En este continente abandonó prudentemente las conquistas de Trajano y ahí en donde el desierto constituía la defensa mas formidable del imperio, en todos los centros de convergencia de las rutas mercantiles del Oriente como Damasco, Bostra, Baalbeck, etc., estableció sus legiones y llamó con todos los encantos de las artes y de la paz á las

poblaciones nómadas que hicieron de aquellas ciudades una cintura maravillosa á los abrasados arenales del desierto. El desierto era también la defensa del Africa, pero en las partes montañosas, en las gargantas del Atlas p. e. los puestos y las vías militares se multiplicaron. Agréguese á todo esto una severísima disciplina á que se sometía en primer lugar el emperador, marchando á pie á la cabeza de las legiones lo mismo bajo el frío de la Caledonia, que bajo el calor tórrido del Egipto y una preocupación constante de la vida del soldado, como lo prueban las inscripciones encontradas en el campamento de una legión que estuvo dos siglos en Africa, la III^a Augusta, en Lambesa, al pié del Aurés, por Renier (*Inscriptions de l'Algerie.*)

Nunca perdonó á Hadriano la aristocracia de Roma el celo inmenso por los provincianos que atestiguaban sus viajes. Estos absorbieron casi todo el tiempo del Emperador. Empezó por las Galias en donde probablemente convocó la asamblea de diputados de las provincias que se reunía en Lyon; sus liberalidades que siempre tendían á realizar grandes obras de utilidad y de arte le valieron el nombre de *restaurador de las Galias*, nombre que se le da igualmente en multitud de medallas acuñadas en otras provincias. De las Galias pasó á Bretaña, de aquí bajó á España, en donde también presidió la asamblea de las provincias en Tarragona, con el objeto de continuar la gran tentativa de todos sus antecesores de unificar la religión del imperio, en el culto oficial de Augusto y de Roma. (120.) En Africa hizo ejecutar grandes caminos en las montañas á la III^a Augusta, pacificó la Mauritania y embelleció á Cartago. Vuelto á Roma en 121, en 122 partió para el Oriente, en donde celebró un tratado de paz con los parthos. En

125 visitó minuciosamente el Archipiélago, deteniéndose en cada sitio célebre en la mitología ó en la historia. En 126 subió al Etna en Sicilia, y sin parar mientes en el disgusto del Senado que veía con ira que el príncipe no quería ser cónsul y que solo una vez, permitió al ejército saludarlo como emperador, volvió en 128 al Africa, al Oriente, á la Grecia, patria de su inteligencia y de su alma de artista.

En Grecia no hubo ciudad quizá que no disfrutara de las liberalidades de aquel emperador que viajaba con un séquito de artistas y constructores, organizado como un ejército. Ebria de gozo saluda la Grecia al discípulo de Plutarco que se iniciaba en los misterios eleusinos, levantaba una estatua á Mitiadas y escribía el epitafio de Epaminondas. Su ciudad favorita fué Atenas, naturalmente. Reformó la Constitución de la ciudad, aceptó los cargos de Arconte y Agonoteta y pasó la vida discutiendo con los filósofos, cazando, y haciendo versos (se ha encontrado en 1870, en Thespis, un epigrama de Hadriano.) Dirigió la construcción de la *ciudad nueva* que se llamó Hadrianopolis y construyó entre otros el *Panhelion*, magnífico templo de Zeus y Hadriano, cuyas ruinas causan una grata sorpresa aun acabando de ver las del Parthenon. En el Panhelion, se celebraban juegos en presencia de los representantes de la Grecia entera y aquella fué la vez última en que los recuerdos del pasado se encarnaron en una fugaz realidad ante los ojos de los descendientes de Péricles.

Ya los griegos llamaban al augusto viajero *Olimpio* y lo recibían con himnos de júbilo, en aquella Asia griega en que dominaban los sofistas y que se había entregado por completo á la embriaguez de la palabra, puesto que la acción le estaba vedada. Hadriano reedificó y levantó ciudades destruidas,

embelleció otras y recorrió aquellas comarcas dejando donde quiera huellas benéficas de su paso. Así bajo la vista de aquel hombre el trabajo de asimilación de los diferentes elementos de la civilización adelantaba á pasos titánicos. Visitó la Kapadokia, el Ponto, bajó á la Siria; de Antioquia marchó á Damasco, á Baalbek, á Bostra, á Filadelfia, cruzó los arenales, llegó á Palmira con un ejército de artífices, hizo una maravilla de aquella reina del desierto, le concedió el *derecho itálico*, hizo cruzar de caminos para las caravanas el Hauran y el país de Moab, visitó la enorme depresión en que se estancan las aguas bituminosas del Mar Muerto, pasó por Petra y entró á Egipto por Pelusa. El Egipto estaba agitado porque las principales ciudades se disputaban á mano armada la guarda del buey Apis, que se había reencarnado despues de muchos años de ausencia. Hadriano estuvo en Alejandria en donde florecían todas las escuelas filosóficas y el *gnosticismo* hacia furor, estuvo en Menfis, subió á Tebas en donde visitó el coloso de Menmon (v. pag. 39.) y despues de celebrar el Apotheosis de su favorito Antinoo, mancha asquerosa en la vida de Hadriano, entró á Roma en 135. Ahí vivía en la *villa tiburtina*, en donde había hecho reproducir en miniatura los sitios y los monumentos que mayor impresion le habían hecho en sus viajes y cuyas ruinas han enriquecido de bellezas de primer orden los museos de Europa.

Supóngase á qué grado llegaría el amor de las provincias por un hombre que perseguía implacablemente á los malos gobernadores, que había sido arconte en Atenas, pretor en Etruria, *duviro* en muchas ciudades italianas, demarca en Nápoles, quinquennial en Itálica y de quien decía el hierofante de Eleusis: «que había derramado un río

de oro sobre todas las ciudades del universo.»

El más completo representante de la idea de orden en la humanidad, no podía dejar sin reglas invariables el orden civil.—De aquí vino la idea, que se encargó de realizar el insigne jurisconsulto Salvius Julianus, de coordinar los edictos de los pretores y los trabajos sobre la *lex anua*, que la costumbre había convertido en una ley inmutable, y formar así lo que se llamó el *edicto perpetuo* verdadero código al cual debían sujetarse cuantos en el imperio administraban justicia. Otra gran reforma de Hadriano, quizá la más trascendental de todas y que marca el verdadero máximo de la organización del poder imperial, consistió en la creación de un numeroso personal de funcionarios, ampliamente retribuidos y sometido á reglas rigurosas. Estos funcionarios no son ni los senadores, siempre inclinados á la oposición, ni los libertos, que se habían identificado con los excesos vergonzosos de los malos emperadores, sino los miembros del orden ecuestre, por lo general íntegros, aptos y dóciles. Una vez vueltos los libertos á la domesticidad de la corte, los *caballeros* administraron las finanzas, el prefecto del pretorio fué el más alto magistrado civil y en el consejo de estado, institución nueva también, los caballeros ocuparon el primer lugar. Los emperadores que sucedieron á Hadriano, sobre todo Diocleciano, estaban llamados á desarrollar esta verdadera transformación imperial; de entonces data también la idea de equiparar Italia al resto de las provincias.

Bajo el reinado de este hombre tolerante poseído por completo de un esquisito y benévolo excepticismo, á quien solo se imputan, calumniosamente quizá, algunos actos de crueldad con los sabios y filósofos, sus amigos y contrincantes,

los cristianos vivieron tranquilos; aquí y ahí en momentos de efervescencia popular se escuchaba el grito famoso *los cristianos á las fieras*, pero la regla de Hadriano no podía ser mas justa, dadas su posición y las ideas de su tiempo: «Si alguno acusa á los cristianos y prueba que han cometido algun acto ilegal, que sean juzgados segun la falta cometida; si han sido calumniados, que sea castigado el calumniador.»

En realidad el movimiento profundo de ideas que iba produciendo la transformación del politeísmo en humanitarismo, es dejaba sentir cada vez más; en la obra de los jurisconsultos, sobre todo, en el mejoramiento de la condición de la mujer y de los esclavos, mejoramiento á que contribuyó Hadriano en primera línea. La literatura daba forma y vida también á estas ideas en aquel tiempo que vió los funerales de Juvenal (1) el poeta entre cuyos airados acentos se encuentran arranques como este: «El hombre ha nacido para la piedad, la naturaleza misma lo proclama. Ella le ha dado las lágrimas y la humanidad no tiene título más bello» En ese tiempo florecían Plutarco, preceptor del César, Suetonio, su secretario, Elegon, su liberto y su biógrafo, Arriano, Pausanias, Aulo Gello y venían ya Apuleyo y Luciano, esa especie de Voltaire del Olimpo pagano.

Hadriano vió estallar en sus últimos años una guerra de religion. Los judíos, entre quienes mantenian vivo el

[1] Un gran poeta; no es posible desconocer, sin embargo, la exageración de sus sátiras respecto de una sociedad que tenía grandes vicios, pero que era infinitamente superior á la que le habia precedido. Juvenal, agrinado por el desprecio con que lo veían muchos, se desata en invectivas contra Roma, de la que nunca pudo separarse con todo, contra los ricos, cuyas puertas rondaba como los clientes á quienes critica, contra los griegos, á quienes envidia y que en medio de su charlataneria estaban operando el progreso moral del mundo greco-romano. A esa filosofía cuya influencia sufre sin confesarlo, debe Juvenal, algunos de sus maravillosos arranques de humanidad y de misericordia, que pueden servir de ejemplo aún á los poetas cristianos.

espíritu patriótico y religioso á un tiempo, los doctores refugiados en Galilea, en donde redactaron ese inmenso comentario de la ley, que se llamó la *Mischna*, código á la vez de leyes religiosas y civiles; los judíos, más impacientes que nunca de saludar al Mesías que habia de hacer de un pueblo oprimido un pueblo triunfante sobre todos, se sublevaron cuando Hadriano cambió el nombre de Jerusalem en el de Elia Capitolina y estableció una colonia en el lugar santo.

El mesías de la nueva insurrección fué Bar-Kokaba (el hijo de la estrella). El mejor de los lugartenientes de Hadriano, Severus, domó la rebelión; mas el incendio, el hambre y la matanza, practicados en una escala espantosa, hicieron de la Palestina un desierto. Los restos del pueblo judío se dispersaron por el mundo. Pero para defender eternamente su espíritu nacional, tenían los comentarios de la *Mischna* (los talmudes); un sistema de puntuación, de signos y de escritura, destinado á hacer inalterables los libros sagrados (*la Masora*) y la Kabbala, filosofía singular que circulaba de un modo misterioso. Armada así la nación judía, sobrevivió al imperio romano.

Hadriano adoptó primero á Verus, con cuyo motivo hubo algunos complots reprimidos enérgicamente, y luego á Antonino, galo de origen y que no era ni pariente suyo, pero de cualidades excelentes, y á quien hizo adoptar al hijo y al sobrino de Vero, que habia muerto ya. Este sobrino fué Marco Aurelio. Hadriano murió el 10 de Julio de 138.

ANTONINO. (138-161.)—*Titus Aurelius Fulvius Bononus Antoninus*, llamado á cosechar con el sobrenombre, confirmado por la posteridad, de *el Piadoso*, la situación de paz y de tranquilidad prosperidad preparada tan hábilmente por Hadriano, no tiene un histo-

riador formal, y poco sabemos de los veintitres años de su reinado. Es que en los períodos felices la historia de los pueblos es monótona y se puede encerrar en algunas líneas. La corriente de la civilización imperial entra como un río inmenso y sereno en una zona risueña y bajo un cielo sin nubes; no ha vuelto á ver la familia humana época tan venturosa. Dejando á un lado las ridículas consejas que cuenta Julio Capitolino, el biógrafo de Antonino, sobre su advenimiento, puede condensarse así la obra de este hombre manso y benéfico como ninguno á quien llama Pausanias, *el Padre del género humano*: El imperio convertido en un inmenso taller de construcción; las provincias gobernadas largos años por la misma persona, garantía de honradez y de paz; el derecho civil enriquecido con disposiciones, demasiado justas quizá, respecto del adulterio y muy nobles en favor de los naufragos y de los esclavos; maravillosa prosperidad de la hacienda pública; protección á la retórica y á la filosofía; continuación de la política de Augusto respecto de los bárbaros, cuya inquietud en las fronteras iba en aumento, política que hizo rechazar las proposiciones de algunas tribus que pedían ser tratadas como vasallas del imperio; las conspiraciones desenlazadas con actos de clemencia; los cristianos tranquilos y el emperador, creando en memoria de la princesa Faustina, calumniada quizá, magníficas instituciones de caridad para las niñas: esta es la historia de Antonino.

S. Justino presentó al emperador, á sus herederos, *al sacro senado* y al pueblo, una apología á nombre de los que estaban injustamente odiados y perseguidos, en ella demostraba valientemente que el cristianismo era favorable á cuanto de bueno y sano habia en

los hombres, en las costumbres y en las ideas paganas.

El emperador, murió dando por contraseña á un oficial de sus guardias esta augusta palabra que resume su historia: *equanimitas* (7 de Marzo de 161).

MARCO AURELIO. (161-180.)—La filosofía estóica que habia dado tantos hombres y tantas ideas al mundo imperial le dió por fin un emperador. Este fué *Marcus Aurelius Antoninus Augustus*, originario de Córdoba en España, aunque nacido en Roma. Tenia cuarenta años cuando subió al solio y se dió por colega á Lucius Verus, de suerte que hubo dos emperadores, aunque el Senado no reconoció mas que uno.

La paz prolongada y la tolerancia sin tasa de Antonino, dejaron una herencia borrascosa á un filósofo grande por la inteligencia y por el corazón, verdadero héroe moral del paganismo, que hubiera merecido un período de calma como el que acababa de pasar para siempre. Pero la disciplina se habia relajado y los hábitos guerreros habian desaparecido en momentos en que el mar de la barbárie golpeaba furioso los diques puestos en la frontera del imperio.

Al subir Marco Aurelio al poder, los mauritanos invadían la España; en las Galias y en Bretaña estallaban sediciones en las tropas; los Pictos recorrían la Bretaña insular, y Vologeso, rey de los parthos, dominaba la Armenia, parte de la Siria, y amenazaba el Asia Menor, despues de serios descabros de las legiones.

Mientras que Marco Aurelio cautivaba con sus favores al Senado, reformaba la legislación penal suavizándola, recomendando la consideración de lo que los modernos llaman *circunstancias atenuantes*, y ejercía admirablemente su oficio de juez; mientras creaba la institución de los *curadores de las*